

HOMENAJE DE LA COLEGIATURA

Este libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza.

En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

Este libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

Este libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

Maria Inés...

DOCTOR...

Este libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza.

En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

Este libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

El presente libro es un homenaje a la memoria de los maestros que han dedicado su vida a la enseñanza. En la ciudad de Rosario, el día 15 de mayo de 1955.

De la Sección de Bachillerato

## SEMBLANZA DE UN GRAN RECTOR

Por **Eliécer Suárez Forero**

Cuando en el luctuoso anochecer del 28 de Marzo de este año, ya memorable en los anales rosaristas, recibimos la infausta noticia de que Monseñor José Vicente Castro Silva, Rector insigne del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por más de siete lustros, acababa de fallecer en su casa familiar, sentimos la tremenda impresión de orfandad de quien ve extinguirse la luz que iluminó los mejores años de su existencia.

Vinculados al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario por más de treinta cinco años, primero como estudiantes y después como modestos colaboradores de su gran obra educativa, tuvimos la feliz oportunidad de estar muy cerca del Ilustre Rector y de haber gozado de su amistad y confianza, tan generosas como inmerecidas. Ello nos permitió conocer aspectos conmovedoramente humanos de su egregia personalidad, quizá desconocidos para quienes sólo pudieron reconocerlo como figura cimera de la cultura patria.

Dos años hacía que Monseñor Castro Silva se había posesionado de la Rectoría del Colegio Mayor, cuando ingresamos a los severos claustros rosaristas como estudiantes de bachillerato. La impresión que causaba en nuestras almas juveniles la excelsa figura del Maestro era imborrable. Nuestra timidez inicial pronto desaparecía ante la subyugadora personalidad del Rector, mezcla de imperio y de bondad, de sabiduría y persuasión, que engrandecía el ambiente de los claustros seculares y despertaba el deseo, ante el estímulo de sus observaciones y consejos, de llegar a ser en el futuro "varones insignes" ilustradores de la República, como lo pedía el Fundador.

Intimamente convencido de la misión histórica del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Monseñor Castro Silva, cuyo generoso espíritu vibraba con los altos ideales de la patria, sabía infundir en sus alumnos una profunda veneración por sus gloriosas tradiciones y una firme convicción de la grave responsabilidad que les correspondía como sucesores de muchas generaciones de ilustres rosaristas.

Nunca podremos olvidar aquellas magníficas conferencias que solía hacernos al comenzar el año lectivo, en el ambiente aco-

gedor de la Capilla del Colegio, después del tradicional rezo del rosario a las seis de la tarde, dándonos a conocer al través del texto original el sabio sentido de las Constituciones de nuestro Claustro, dictadas por el propio Fundador, y las circunstancias históricas en que tuvo lugar la fundación de este magno santuario de la cultura nacional, haciendo patente la genial clarividencia del Arzobispo Fray Cristóbal de Torres.

Sabido es que como Profesor y Maestro Monseñor Castro Silva arrebató la admiración de cuantos tenían la fortuna de escucharlo. Su vasta erudición de humanista, su espléndida imaginación pronta para esclarecer el recóndito sentido de las ideas trascendentales y amenizar la exposición, la magia de su palabra que sabía recorrer toda la escala de las expresiones idiomáticas, el diálogo vivaz con los alumnos, hacían de las lecciones que dictaba, ya fuera en la cátedra de Metafísica, en el último año de Bachillerato, o en las de Filosofía del Derecho y Sociología en la Facultad de Jurisprudencia, un panorama maravilloso de la inteligencia que por su amenidad anulaba la fatiga y por la profundidad de la doctrina abría al espíritu dilatados horizontes.

Monseñor sabía plegarse con genial presteza, sin perder su señorío, al nivel de sus interlocutores, así fueran tímidos estudiantes o gentes incultas, o se tratara de personajes de la más encumbrada jerarquía social e intelectual. Nuestros asombrados ojos de estudiantes vieron desfilar por los claustros rosaristas destacadas personalidades, ministros, diplomáticos, académicos, parlamentarios, magistrados, que iban en busca del trato y conversación disertada del filósofo, del educador, del teólogo y del humanista. Puede decirse que al rededor de su prestante figura se convocó por largos años la república de las letras colombianas. Monseñor desempeñó ese principado de la inteligencia con exquisita naturalidad y elegante sencillez, propia de los espíritus selectos.

Callamos, por muy sabidas, sus excelsas cualidades de orador académico y sagrado y la asombrosa facilidad de sus elocuentes improvisaciones en las que se conjugaban la maravillosa fluidez de la palabra con la profundidad de las ideas. Por la misma razón no hemos de referirnos en este lugar al magnífico escritor que por la riqueza y elegancia de su estilo, no obstante la brevedad de su obra publicada, ocupa puesto de honor en las páginas de la literatura hispanoamericana.

En su trato íntimo y privado se manifestaba con la bondad y gentileza propias de su estirpe de gran señor. La agudeza de sus observaciones, la anécdota chispeante, el interés que sabía darle aun a los temas triviales, la cita oportuna que reforzaba un argumento, la viva relación de sitios y personas que había conocido dentro y fuera del país, eran un deleite para quienes lo rodeaban, siempre ansiosos de escucharle. Alma sensible y

generosa, jamás negó el consejo o el estímulo, el servicio oportuno o el pan mismo, a los que en hora de angustia o desaliento acudieron a su noble corazón.

La grandeza del Colegio encomendado a su prolongada rectoría fue pasión de su vida. Testigos de ese afán sin pausa ni medida hemos sido al través de treinta y cinco años. Justo es reconocer que durante el rectorado de Monseñor Castro Silva el histórico Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario alcanzó grandes progresos, tanto en el orden académico y educativo como en el orden material. En este último aspecto se cuentan: la restauración artística del claustro histórico y de su bella Capilla con todos los detalles de su magnífica arquitectura original; la magna construcción de los claustros de educación primaria y del Bachillerato en Chapinero, con todos los adelantos que exige la técnica moderna en edificaciones de esta índole, más su hermosa Capilla, de líneas severas y elegantes; la adquisición de terrenos, en sitio ventajoso, para futuros ensanches de las facultades y demás centros académicos; finalmente, la dotación de obras modernas para las Bibliotecas de los diversos claustros y la instalación de laboratorios electrónicos para facilitar el aprendizaje de idiomas extranjeros. Y en lo intelectual y académico, la ampliación de la Facultad de Jurisprudencia con Institutos Anexos de Especialización en varias ramas del derecho contemporáneo; la creación de las Facultades de Economía, de Administración Privada, de Contaduría y, especialmente, la feliz restauración de la Facultad de Medicina, programada por el Fundador y desaparecida hacía muchos años, que en su nueva etapa goza ya de merecido prestigio; y aún debemos agregar la Instalación de los Departamentos de Humanidades e Idiomas en los estudios superiores y la organización de los estudios elementales, base del Bachillerato, donde se preparan desde la más temprana edad los futuros rosaristas. Ciertamente es que para llevar a feliz término obra de tales proporciones el Ilustre Rector contó con la eficaz colaboración de eminentes rosaristas, especialmente los señores Consiliarios y Vicerrectores que lo acompañaron en su mandato, pero nadie podría justamente negar que fue Monseñor Castro Silva el alma y el estímulo de la magna empresa.

Al lado de la tumba del vidente Fundador el Arzobispo Fray Cristóbal de Torres, bajo el amparo de la divina patrona del Claustro la Virgen del Rosario, en el ambiente augusta de nuestra amada Capilla, a la sombra gloriosa del pabellón de la República y del estandarte de Calatrava, emblema del Colegio, reposan hoy los despojos mortales del Rector Insigne, cuya personalidad excepcional aprestó la histórica grandeza de los claustros rosaristas. Y estamos seguros de que ni el mármol ni el bronce, que la gratitud de la patria dedique a su memoria, han de durar más que su fecunda obra educativa en el campo de la cultura colombiana.